

metieron al Papa, aceptando la Constitución dada por Juan XXII en 1317. A los servicios que Clemente VI había prestado a su patria añadió a hora otro, aconsejando a Humberto II, Príncipe del Delfinado, que murió sin hijos, la cesión de sus dominios a Francia; por su acertada mediación restableció la paz en gran número de países cristianos, prestó dentro y fuera de Avignon inapreciables socorros durante la terrible peste llamada de la muerte negra a muchos desgraciados que carecían de todo auxilio humano, y dispuso eficaz apoyo a los judíos, víctimas del furor del pueblo ignorante que les hacía causantes del terrible azote, atribuyéndoles el envenenamiento de las fuentes y de los comestibles. mientras que por otra parte tuvo que reprimir el fanatismo y los excesos de los flagelantes que, para aplacar la cólera de Dios, se entregaban a duras pruebas y penitencias. El 6 de Diciembre de 1352 murió este Pontífice, tan ensalzado y admirado por unos, como despreciado y calumniado por otros.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 33.

Giov. VIII. XII 165. Albert. Argentin. p. 139 sig. Henric. Rebdorf. Ann. p. 437. Raynald. a. 1347. Contin. II. Chron. Guill. de Nangis D'Achery. Spic. III. 110 sig. Matteo Villani I. 2 sig. Christophe. II p. 143 sigs. 167 sigs. El religioso menor Francisco de Escoto, antes acérrimo partidario de Miguel de Cesena, se sometió al Papa en 1344, Wadding. a. 1344 n. 7. Bul., IV, p. 281. Du Plessis, I, I p. 343. El mismo Miguel de Cesena había hecho una sentida retractación de sus errores el año 1343 en su Expos. in Ps. 50 Miserere (Murat. Ser. III. II p. 513 sig.)

IV. Los tres últimos Papas de Avignon.

Primera capitulación electoral del cónclave de 1352. — Inocencio VI.

34. En un principio el colegio de Cardenales tuvo el propósito de elegir a Juan Birel, general de los cartujos, pero abandonada esta candidatura, acordaron los electores redactar una capitulación que hacia pasar al sacro colegio gran parte de la autoridad pontificia. Se fijó en 20 el número de Cardenales, se acordó que todo nombramiento, castigo ó destitucion de los mismos, así como la investidura de feudos, la enajenacion de bienes eclesiásticos y la provision de cargos en los dominios pontificios se hiciese de acuerdo y con anuencia del sacro colegio, y se excluyó a los parientes del Pontífice de los altos empleos de la Iglesia. Sin embargo, los electores de más capacidad y los que conocían á fondo los cánones no firmaron esta capitulación, que dejaba traslucir bien á las claras el pensamiento de entregar el gobierno de la

Iglesia en manos del colegio de Cardenales, sino con la salvedad de que «no contuviese alguna disposicion contraria al derecho vigente.»

Advertidos los Cardenales de la llegada del rey Juan á Avignon, y temiendo que se tratase de coartar su libertad de accion, se dieron prisa á verificar la eleccion, que recayó en el cardenal Esteban Aubert, oriundo de la diócesis de Limoges, proclamado Papa el 18 de Diciembre de 1352 con el título de Inocencio VI. Había sido profesor de derecho en Toulouse; ocupó despues la silla episcopal de Noyon, de donde pasó á la de Clermont en 1340; al año siguiente desempeñó el cargo de embajador de Francia, cerca de Benedicto XII; Clemente VI le confirió la dignidad cardenalicia con el título de San Juan y San Pablo, dándole despues el obispado de Ostia juntamente con el cargo de Gran Penitenciario. Precediale justa fama de erudito canonista á la vez que de pastor inteligente y piadoso. Sencillo en sus costumbres y en su método de vida, combatió el lujo y la pompa que desplegaban algunos Cardenales, redujo el número de empleados pontificios, proveyó en personas de reconocida capacidad los empleos eclesiásticos, abolió gran número de reservaciones y privilegios, prohibió el desempeño simultáneo de varios beneficios, cortó de raíz muchos abusos é introdujo economías en su corte, á pesar de lo cual se rodeó de hombres eminentes en virtud y ciencia. De acuerdo con el parecer de muchos teólogos y canonistas abolió la capitulación electoral, que habia suscrito con la salvedad indicada, y que se consideró nula por atribuirse en ella á los Cardenales un poder incompatible con los derechos del romano Pontífice. Resuelto á hacer que se observasen las leyes eclesiásticas, sin acepcion de personas, trató con gran severidad á los franciscanos espirituales que, por su actitud rebelde, tenían ya el estigma de verdaderos herejes.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 34.

Vitae Pap. Av. ed. Baluz. I. 321. 331. 341. 918 sig. Raynald. a. 1352 n. 25-30; 1353 n. 29 sig. Petri Dorlandi Chron. Carthus. L. IV c. 22. Martene et Durand. Ser. Coll. VI. 187 sig. Christophe. II p. 168 sigs. De Inocencio VI dice Mateo Villani, l. c. II. 26, que era «Uomo di semplice e onesta vita e di buona fama; y Alberto de Strassburgo, p. 156: Hic justus est reputatus; Enrique de Rebdorf le da los calificativos de rigidus et justus; el mismo Petrarca, que no ocultaba su aversion á los Papas franceses, le llama magnus vir et juris consultissimus, y Santa Brígida († 1373) dice en sus Revelaciones V, 136, que el «Papa Inocencio está formado de mejor metal que sus predecesores y de materia más apta para recibir los más bellos colores.» Baluz. I. 323. Raynald. a. 1355 n. 31.

Desórdenes en Roma.—Cola de Rienzo.—El cardenal Alborno.

35. Inocencio VI dedicó luego especial cuidado al arreglo y reorganización de los Estados pontificios, cuyos servicios se hallaban completamente desorganizados. En Roma llevaba las riendas del gobierno Roberto de Nápoles, á nombre del Papa, teniendo allí funcionarios que le representasen; sin embargo, Benedicto XII, por espíritu de conciliación, encomendó en 1337 las funciones senatoriales á un güelfo y á un gibelino. Mas esta medida no apaciguó ni la antigua contienda relativa á las atribuciones municipales ni las eternas luchas de la nobleza; ántes bien tomaron los disturbios tal incremento, que los senadores fueron expulsados y sustituidos por otros que no tuvieron mejor suerte. La más espantosa anarquía se enseñoreó de la ciudad; el acto de la coronación del poeta Petrarca, que tuvo lugar en el capitolio el año 1341, despertó las antiguas ideas de libertad, por más que él mismo pidió con insistencia el regreso de los Papas á Roma.

Empieza á figurar entónces y á tomar parte muy activa en estas luchas un jóven entusiasta y fanático por las innovaciones que intentaba introducir el partido de los avanzados, llamado Nicolás (a. Cola) di Rienzo, de fácil y elocuente palabra; que aspiraba á ver restaurada la antigua grandeza de Roma, en cuya idea le afirmó más y más la lectura de los clásicos latinos. Muy luego conquistó el favor del pueblo por la protección, verdadera ó fingida, que dispensó á las clases pobres y sus incessantes ataques á la aristocracia, contra la cual trató de concitar el ódio de aquéllas; de esta manera logró formar parte de una comisión enviada en 1343 á Avignon, donde sedujo al Papa con su elocuente palabra; y aunque allí se enemistó con el cardenal Juan Colonna, el 9 de Agosto obtuvo eficaces recomendaciones para los senadores Orsini y Pablo de Conti, recibiendo por fin el nombramiento de notario el 13 de Abril de 1344.

Poco despues empezó á tomar medidas para promover una revolución en Roma, al mismo tiempo que seducía á los nobles y poderosos, adrecciéndoles con adulaciones y ridiculas pantomimas. Despues de hacer creer al pueblo que el Papa aprobaba sus proyectos revolucionarios, subió al Capitolio en 1347, y en un discurso lleno de fuego anunció á las masas la nueva Constitución que le daba. La muchedumbre, entusiasmada con los beneficios que se la prometían, aceptó el documento y le confirió plenos poderes para la ejecución de la nueva ley fundamental del Estado. Cola tomó las riendas del gobierno con el nombre de tribuno, título que se confirió tambien al obispo Raimundo de Orvieto,

vicario pontificio, pero sin dejarle autoridad alguna efectiva. Se estableció en el Capitolio un tribunal de la paz encargado de dirimir las contiendas y resolver las diferencias, se instituyó una policía sujeta á una severísima ordenanza, y se obligó á muchos nobles á aceptar la nueva Constitución. Clemente VI, si bien no dió entero crédito á los elogios y pomposas alabanzas que se hacían del nuevo orden de cosas, confirmó á Raimundo y Cola en sus cargos de gobernadores de la ciudad el 27 de Junio de 1347.

Pero muy luego se desvaneció tanta ventura. El tribuno, poco ántes objeto de veneración para la mayoría del pueblo, perdió por su desmesurado orgullo y sus tiranías el favor de las masas, y excomulgado primero por el Cardenal legado Bertrando de Deux, fué luego derribado por los barones el 13 de Diciembre del año expresado. Despues de vagar por diferentes puntos de Italia, seducido por los raticinios de los franciscanos rebeldes que le acogieron con muestras de respeto y cariño, se dirigió en 1350 á la corte de Carlos IV, quien le entregó al papa Clemente VI, permaneciendo algun tiempo encerrado en una prision. Pero Inocencio VI le devolvió la libertad, en la esperanza de que la escuela de la desgracia le habria hecho más cuerdo, y que, renunciando á sus desvarios, prestaria útiles servicios á la causa de la Iglesia, oponiéndose á los manejos de Francisco Baroncelli, que el 14 de Agosto de 1353 se habia apoderado del mando en Roma, y ejercía el poder con el nombre de tribuno.

Por este tiempo habia despachado ya el Papa á Italia al Cardenal español Egidio Alvarez de Alborno, hombre que á un talento peregrino unia singulares dotes militares; investido de plenos poderes y con un pequeño ejército acometió la difícil empresa de restablecer la autoridad pontificia en los Estados de la Iglesia; las negociaciones que entabló con Milan y Florencia dieron tan buen resultado, que desde luego pudo establecer sus reales en dichos Estados. Allí se le presentó, de órden superior, Cola di Rienzo, que en Montefiascone y Viterbo, adonde sucesivamente trasladó su campamento el Cardenal, encontró á muchos de sus antiguos admiradores. Mas como ya hubiese caído Baroncelli, el delegado pontificio, que no tenia confianza en las promesas del revolucionario, creyó que debía prescindir de sus servicios; sin embargo, recomendaciones poderosas le obligaron á otorgarle el nombramiento de senador romano, en Agosto de 1354, cuando ya habia ganado nuevamente con su acostumbrada astucia el favor del pueblo. Pero el demagogico senador, ofuscado por el brillo del poder, se entregó á vituperables excesos y gobernó á los romanos con la vara de la tiranía; hasta que, agotada la paciencia del pueblo, se promovió un levantamiento

to, á consecuencia del cual fué asesinado el tirano el 8 de Octubre de 1354.

36. Entre tanto el cardenal Albornoz, con una constancia, un valor y una prudencia que causaban el asombro de propios y extraños, reconquistó en cuatro meses el patrimonio de San Pedro, con el ducado de Spoleto, sometió á muchos tiranuelos rebeldes y restableció el orden mediante la aplicación de un nuevo código legislativo. Autorizado por el Papa nombró nuevo senador de Roma. Poco despues se presentó en Italia Carlos IV, que el 6 de Enero de 1355 ciñó la corona de Lombardia, y el 5 de Abril obtuvo la diadema imperial de manos del Cardenal Obispo de Ostia. En cumplimiento de sus promesas, el nuevo Emperador abandonó inmediatamente la ciudad, regresando á Alemania para ocuparse casi exclusivamente en acrecentar los dominios de su casa. Sin embargo, dejó al delegado pontificio 500 jinetes alemanes que le ayudaron á realizar la sumision de Malatesta que se habia hecho fuerte en Rimini. Al terminar la primavera de 1357 habian vuelto á la obediencia del Papa las importantes ciudades de Ancona, Fermo, Ravenna, Faenza y Cesena. Pero en este tiempo se habia formado una poderosa sociedad de bandoleros, llamados ruptuarios, que despues de sembrar la desolacion por varias comarcas del Mediodia de Francia amenazaban caer sobre Avignon, por lo que el Papa se vió precisado á llamar al Cardenal, á quien se hizo un recibimiento tan honroso como brillante. Mas como quiera que el abad de Cluny, Androino de la Roche, que le sucedió en el gobierno de los dominios pontificios, no estuviese á la altura de las circunstancias y dejase completamente paralizadas las operaciones de la reconquista sin adelantar un paso en Forli, tuvo el Cardenal que volver á su puesto en Diciembre de 1358. Ajustó entónces ventajosos convenios, redujo Forli y Bolonia á la obediencia del Papa, y, una vez sometido el rebelde Bernabé Visconti, restableció completamente la tranquilidad y el orden en la Romaña.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 35 Y 36.

Raynald, a. 1347 n. 13 sig. Papeneordt, Cola di Rienzo und s. Zeit. Gotha 1841, especialmente la pág. 60 sigs.; vertido al italiano y añadido por T. Gar. Turin. 1844. Gregorovius, VI p. 366. Reumont, II p. 852 sigs. 869 sigs. Christophe, II p. 113-142. 180-191. Historisch-politische Blätter Bd. 20 p. 469 sigs. Héfle, VI p. 586 sigs. 607. Raynald, a. 1355 n. 19 sig.; 1357 n. 6; 1358 n. 1; 1359 n. 6; 1360 n. 6 sig. Aegidii Alvarez Carrillo de Albornoz, Ep. Sabin, Liber constitutionum. Jesi 1475. Lescaie, Vie du grand Cardinal Albornoz. Par. 1629. Chron. Placent. a. 1353 (Murst., Ser. XVI. 499): Hic Don Zilio (Aegidius) probissimus et in facto armorum mirabilis fuit et vicies bis inimicos S. Ecclesiae bello compositos superavit et in nulla pugna victus fuit, Tyrannorum nube discessa totam Cam-

paniam, Vallem Spoletinam, Patrimonium, Ducatum, Marcan Anconitanam et Romandiolam dominio S. Petri adjecti. Christophe, II p. 175 sigs. 192 sigs. Reumont, II p. 900 sigs. Raynald, a. 1355 n. 2-17. Joh. Porta de Avennaco de coronat. Caroli IV. ed. Höfler, Beitr. zur Geschichte Böhmens. Prag. 1884. Abthl. I. Bd. 2 IX p. 64.

Hechos más notables de Inocencio VI.

37. Cuando Inocencio VI se vió libre de las hordas de bandoleros y asalariados, cuya retirada tuvo que comprar á subido precio, mandó fortificar la ciudad con altas murallas que la pusieran á cubierto de semejantes invasiones; luégo fundó en Toulouse un colegio para estudiantes pobres; regaló á la biblioteca de su Universidad gran número de obras sobre derecho, en sus dos ramas, y habiendo estallado una peste hizo actos verdaderamente heroicos de abnegacion y caridad cristianas. En 1360 interpuso su mediacion para ajustar la paz de Bretignia entre Inglaterra y Francia. Sus diferencias con Carlos IV fueron pasajeras: sin respetar los derechos pontificios habia publicado el Emperador la llamada bula de oro, entre 1355 y 1356, por la que regularizaba las atribuciones de los siete Príncipes palatinos, y se arrogaba la potestad de introducir reformas en la constitucion del clero germánico; pero el espíritu de paz y de concordia que animaba, lo mismo al Papa que al Emperador, facilitó un acuerdo amistoso; y el 13 de Octubre de 1359 publicó Carlos una orden prohibiendo, bajo severas penas, toda usurpacion de los derechos de la Iglesia y todo atentado contra sus bienes.

Inocencio VI defendió con calor el proyecto de levantar una cruzada, y acarioló el pensamiento de realizar la union de la Iglesia griega con la latina, para lo cual se valió de personas tan hábiles como piadosas, entre las que merece particular mencion el carmelita Pedro Tomás de Salinose, en la diócesis de Sarlat, hombre tan distinguido por sus dotes oratorias y su habilidad en el manejo de los negocios, como por la santidad de su vida. Ya Clemente VI tuvo en mucha estima sus cualidades de gran orador; Inocencio VI le envió de Nuncio á Nápoles, le nombró Obispo de Patti en Sicilia, y le empleó en asuntos de suma importancia; por último, le envió á Constantinopla, Chipre y Rodas, á fin de gestionar la realizacion de los dos mencionados proyectos. Pedro Tomás predicó en todos estos puntos con éxito notable, bautizó á muchos conversos, luchó en todas partes contra los enemigos de la Iglesia, y por fin, despues de obtener señalados triunfos, partió para Avignon, en compañía del Rey de Chipre, con objeto de dar cuenta al Pontífice de sus trabajos. Pero antes, el 22 de Setiembre de 1362, los años y los sufrimientos corporales llevaron al sepulcro á Inocencio VI.

Urbano V.

38. Reunido el concilium, cuarto de los celebrados en Avignon, rehusaron la tiara los cardenales Hugo de Roger, hermano del difunto Papa, y persona muy apreciada por sus excelentes cualidades, y el célebre Alborno. Como era de suponer, recayó entonces la elección en un francés, digno, por lo demás, de ocupar el más elevado y augusto trono de la tierra. Era éste Guillermo Grimoard, natural de la diócesis de Mende; que, después de enseñar con singular acierto derecho canónico en Montpellier y Avignon, desempeñó los cargos de abad de los monasterios benedictinos de San German de Auxerre y de San Victor de Marsella, y en el momento de su elección, sin poseer la dignidad cardenalicia, ejercía el de legado del Papa en Nápoles. El 6 de Noviembre de 1362 subió al solio pontificio con el nombre de Urbano V.

Su primer cuidado fué organizar la corte pontificia de manera que fuese modelo de vida cristiana, cortando de raíz no pocos abusos. Trató de dar los cargos eclesiásticos á personas dignas: desplegó gran severidad contra los simonistas y los agraciados con varios beneficios; renovó las leyes sobre la celebracion de Sinodos provinciales, y opuso á las demasias de los Reyes una defensa enérgica de los derechos de la Iglesia. Modelo de actividad y dechado de buenas costumbres, fomentó con infatigable celo las letras y las ciencias al mismo tiempo que hacía despachar con suma rapidez los asuntos de la Curia. Con más empeño que nunca promovió Urbano el plan de trasladar la corte pontificia á Roma, para lo cual habian allanado el camino los triunfos de Alborno, después de haber hecho inaguantable la residencia de los Papas en Avignon, por un lado las depredaciones y saqueos de los ruptuarios, por otro las exigencias cada vez más exorbitantes de la corte francesa. Reinaba entonces completa paz en casi todos los países de Occidente; sólo Bernabé Visconti, tirano de Milan, tenia puesto asedio á Bolonia, por cuya razon le citó á juicio Urbano V, y como no diese oidos á la invitacion del Papa, éste expidió contra él órdenes severísimas el 3 de Marzo de 1363. Alborno derrotó en Abril al tirano, á pesar de lo cual obtuvo éste una paz ventajosa en Marzo del año siguiente, porque el Papa creyó que de esta manera aseguraba el éxito de la cruzada que se habia predicado. Adelantáronse al ejército cruzado el Rey de Chipre y el legado Pedro Tomás, y el 4 de Octubre de 1365 verificaron los cristianos la conquista de la importante plaza de Alejandria. Mas como no llegasen los prometidos socorros de Francia, que en aquel momento sufrió la pérdida de su rey Juan, fué preciso abandonar la conquista, siendo

inútiles para evitarlo los esfuerzos del legado pontificio, que falleció el 6 de Enero de 1366, á consecuencia de sus continuas penalidades y desvelos. Tampoco el Papa omitió esfuerzo ni sacrificio para asegurar el éxito de la malograda empresa.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 37 Y 38.

El texto de la bula de oro en el Corp. jur. publ. academ., por B. G. Struven, 2.^a edic. Jena, 1734, p. 1-86. Raynald. a. 1356 n. 13-23. Olenchlagel, Neue Erläuterung der goldenen Bulle. Frankfurt 1766. Palacky, Gesch. von Böhmen. Prag, 1850 Bd. II. Sobre la dieta de Maguncia y la reforma del clero: Raynald. a. 1359 n. 11 sig. Penzel, Gesch. K. Carls IV. Bd. II p. 549 sigs. Christophe, II p. 241 sigs. Raynald. a. 1362 n. 6 sig.; 1363 n. 1 sig.; 1364 n. 3. 19. 23; 1365 n. 3 sig. 16; 1366 n. 18 sig. Baluz., I. 363 sig. 397. 414. Mansi, XXVI. 421 sig. Schwab, p. 18 sigs. Hefele, p. 612 sig. Christophe, II p. 261 sigs. Magnan, Hist. d'Urb. V et de son siècle. Par. 1863. Tüb. Theol. Quartalschr. 1866. p. 459 sigs.

Urbano V en Roma.

39. En Mayo de 1365 se presentó en Avignon Carlos IV rodeado de brillante comitiva y celebró varias entrevistas con el Pontífice. Éste ordenó á su Vicario que restaurase y preparase el palacio pontificio de Roma, y el año siguiente anunció á la cristiandad su propósito de trasladar allí su residencia. El 28 de Junio del propio año le dirigió Francisco Petrarca un escrito desde Venecia, invitándole á establecer de nuevo su silla cerca del sepulcro de los Santos Apóstoles; invitacion que apoyó con energia el principe Pedro de Aragon, que habia abrazado la regla franciscana. Hizo declarada oposicion al proyecto Carlos V de Francia, enviando para estorbar su ejecucion á Avignon á Nicolás de Oresme, su antiguo preceptor, quien pronunció ante el Papa un discurso lleno de frases ampulosas y de mal gusto, pero cuyas objeciones produjeron el efecto deseado en los Cardenales de procedencia francesa. No obstante, la respuesta del Papa fué dar órden de que se acelerasen los preparativos para el viaje. El 30 de Abril de 1367 salió de Avignon acompañado de ocho Cardenales, mientras que otros siete se dirigieron por diferente camino á Italia, donde ya los esperaban los delegados Alborno y Androino; sólo tres purpurados permanecieron en Avignon. El 19 de Mayo se embarcó en Marsella sin dar oidos á las representaciones que allí le hicieron por última vez los Cardenales, y el 3 de Junio desembarcó en Corneto, donde le esperaban Alborno y gran número de barones de los Estados pontificios; los diputados de varios Principes y ciudades de Italia salieron á saludarle á Viterbo; por fin, el 16 de Octubre hizo su entrada solemne en Roma, y el 31 cele-

bró el Santo Sacrificio de la Misa en el altar pontificio de San Pedro, en el que no se había celebrado desde Bonifacio VIII. A pesar del entusiasmo y júbilo con que le recibió el pueblo, Urbano V encontró en Italia muchos usos que no se acomodaban á sus hábitos franceses, y sobre todo los manejos de los partidos políticos le causaron desde luego molestias y disgustos á que no estaba acostumbrado. Por otra parte, poco despues de su entrada en Viterbo se vió privado del valioso concurso del irremplazable cardenal Albornoz, que falleció el 24 de Agosto de 1367. Para el gobierno de Roma nombró el Papa tres conservadores, que en unión con el senador despachaban todos los asuntos administrativos. La restauracion de la famosa abadia de Monte Casino, que se hallaba destruida hasta los cimientos, fué otra de las grandes obras de este Pontifice, que á la continua trasladó allí benedictinos procedentes de los conventos en que con más rigor se observaba la disciplina monástica, dándoles por abad al venerable camaldulense Andrés de Faenza. Tambien absorbió por algun tiempo su atencion el manoseado asunto de los rebeldes franciscanos espirituales.

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE EL NÚMERO 30.

Reumont, II p. 943-944. Sobre el discurso de Nicolás de Oresme: Bulaeus, IV, 306 sig. Schwab, p. 19-21. Acerca del viaje del Papa: Garosci de Ulmoisca iter italicum Urbani V. Baluz., II p. 768 sig. Chron. San. Murat., XV, 192. Annal. Genevens., ib. XVII. 1099. *Изв.*, Raynald, a. 1367. Tocante á la restauracion de Monte Casino: Baluz., I. 389. Tosti, Storia della Badia di M. Cas. t. III L. VII p. 54-58. En 1353 sostenian aun polémica algunos franciscanos contra la bula de Juan XXII, afirmando que el Papa no tenia facultad para abolir la bula Exiit de Nicolao III ni para suprimir su congregacion. En Avignon perecieron en la hoguera dos de estos herejes. Henr. Rebdori. ap. Preher, Annal. p. 441. Urbano V condenó en 1368 los errores del franciscano Dionisio Soulechat, que habia apelado al Papa de la sentencia de la Universidad parisiense, en particular tres proposiciones sobre la propiedad y la pobreza. Bulaeus, Hist. Univ. t. IV. Denzinger, Enehir. p. 184 sig. n. 468 sig. Bajo su pontificado y el de su sucesor, volvió á sostener el franciscano catalan Arnoldo Montaner la teoria de que Jesucristo y los apóstoles no habian poseído bienes de ninguna clase; que ninguno que vista el hábito de San Francisco puede ser condenado, en razon á que esta Orden debe durar eternamente. La inquisicion le condenó diferentes veces. Eymar. Direct. Inquisit. P. II q. 2 p. 26. Natal. Alex., Saec. XIV e. 3 a. 19 t. XIV p. 201. Du Plessis d'Argentré, I, 1 p. 373. 382-386, 390.

Regreso del Papa á Avignon.

40. En la primavera de 1368 pasó el emperador Carlos IV los Alpes, y, despues de ajustar la paz con Bernabé Visconti se avistó con el Papa en Viterbo, quedando acordado que éste coronaría á su esposa la Em-

peratriz, como lo hizo en Roma el 1.º de Noviembre próximo. Carlos tributó con tal motivo al Papa grandes honores; pero emprendió el viaje de regreso sin haber hecho nada en su favor, satisfecho con haber cobrado impuestos y gabelas y acumulado regalos, en tanto que el Pontifice quedaba en situacion más desfavorable que ántes, y cuando continuaba encendida la guerra entre Lombardia y Toscana.

En 1369 fué á Roma el Emperador griego Juan Paleólogo, abjuró el cisma y rindió homenaje al Papa; mas éste tuvo el sentimiento de ver que ninguno de los Soberanos de Occidente se mostraba dispuesto á socorrer al Monarca griego, constantemente amenazado por los sarracenos; que los numerosos ejércitos de asalariados que infestaban principalmente la Italia preferian continuar defendiendo intereses bastardos, ó vivir entregados al pillaje y al bandolerismo ántes que acudir á la defensa de un Principe cristiano amenazado por los poderosos sectarios de Mahoma, y que entre los hijos de la Iglesia no se encontraba ya abnegacion, paz ni concordia. Cuanto mayores eran las muestras de respeto que recibia de los Soberanos, tanto más dolorosa era la impresion que producian en su ánimo estas circunstancias. Vino luego á aumentar su profunda pena la sublevacion de Perugia, que coincidió con nuevas y más insolentes provocaciones del pérfido Visconti; todo lo cual, unido á la deplorable situacion política de Italia y á los peligros que por doquier asomaban la cabeza, contristaron profundamente su corazon. Es verdad que el rey Luis de Hungría se ofreció á acudir en su auxilio con un ejército de 10.000 hombres; pero Urbano rehusó tan generoso ofrecimiento, por no entregar el pais en manos de aquellas hordas casi salvajes.

Regreso del Papa á Avignon y su muerte.

Las repetidas instancias de los Cardenales franceses, cuya preponderancia en el sacro colegio se afirmó más y más desde la última promocion que llevó á cabo en Montefiascone el año 1368; el temor de los nuevos disturbios que amenazaban estallar en Italia y el contraste de la penosa situacion en que le habian colocado los revolucionarios italianos con la paz y tranquilidad que tuvo ántes en Avignon, le movieron á hacer pública su resolucion de regresar á la Provenza, en un documento fechado en Mayo de 1370, en Montefiascone, alegando además, como causa inmediata y más ostensible, la necesidad de interponer su mediacion en la contienda que sostenian Inglaterra y Francia. Las personas sensatas de Italia sintieron profundo pesar al saber la resolucion del Pontifice; Roma le envió una diputacion para suplicarle que regresara á su capital, y Santa Brígida de Suecia declaró habérsela

manifestado en una vision que el Papa moriria tan pronto como regresara á Francia. No obstante, el piadoso Urbano V, que no renunciaba á volver á Italia y creia haber meditado con detenimiento los motivos que le movian á hacer aquel viaje, persistió en su resolucion, y despues de adoptar varias acertadas disposiciones relativas al gobierno de los Estados pontificios, se embarcó el 5 de Setiembre de 1370 en Corveto, en donde habia desembarcado con opuesto rumbo hacia tres años y tres meses; arribó el 16 á Marsella, y el 24, hallándose rodeado de toda su corte, verificó su entrada solemne en Avignon, donde se le hizo un recibimiento tanto más brillante, cuanto que ya nadie esperaba su regreso.

41. Pocos dias despues alarmó á los fieles la triste nueva de que el Papa se hallaba enfermo. Con no pequeño trabajo continuó despachando los negocios; pero pronto se agotaron por completo sus fuerzas y se preparó á la muerte con fervientes oraciones. El 19 de Diciembre del año expresado, sintiendo que se acercaba su fin, mandó abrir las puertas del palacio, que era propiedad de su hermano, á la sazón residente en Bolonia, para que todos los fieles pudieran presenciar la muerte de un Papa; y de esta manera, sobre modestísimo lecho, vestido con el hábito benedictino, de que nunca se habia despojado, y estrechando entre sus manos un crucifijo, entregó su alma al Señor lleno de resignacion y confianza. Murió en olor de santidad, y muchos Príncipes pidieron luego su canonizacion, que segun parece no se llevó á cabo á consecuencia de la perturbacion que introdujo en la Iglesia el cisma que estalló inmediatamente. Su muerte causó honda impresion en los ánimos, y en todas partes se le dieron muestras de respetuoso cariño. El mismo Petrarca, aun cuando censura con enérgicas frases el traslado de la corte pontificia á Avignon, atribuye toda la responsabilidad de este hecho á las personas que le rodeaban, algunas de las cuales casi desobedecieron sus explícitos mandatos, haciendo notar que es más difícil tener perseverancia en una gran empresa que acometerla desde un principio. Por lo demás, el abandono de Avignon por parte de la corte pontificia ofrecia cada dia mayores dificultades; de 19 Cardenales que formaron el cónclave á la muerte de Urbano, eran tres italianos, uno inglés y el resto franceses.

Raynald. a. 1368 n. 1 sig.; 1369 n. 1 sig. Baluz., l. 382. 391. 416. Sobre los ejércitos asalariados que habia en aquel tiempo vid. E. Ricotti, Storia delle compagnie di ventura in Italia. Torino 1844. A. Fabretti, Biografie dei Capitani venturieri dell' Umbria. Montepulciano 1842 ss. G. Canestrini, Documenti per servire alla storia della milizia italiana. Firenze 1851. Archivio storico ital. t. XV.

Revelat. S. Brigittae. l. IV c. 138 sig. ed. Joh. de Turrecrem. Rom. 1488. 1521 y otros. Petrarca, Senil. l. III ep. 13. Cf. De Sade, Mém. pour la vie de Petrarque. Amsterd. 1764 s. t. III p. 772. Baluz., l. 388. 412. Christophe, II p. 289 sigs. Héfele, VI p. 614 sig. Reumont, II p. 965 sig. Magnan l. c. p. 448 sig. 464 sig.

Gregorio XI. — Disturbios en Italia — Gregorio XI en Roma.

42. Reunido el cónclave el 29 de Diciembre, resultó elegido en el mismo dia el cardenal Pedro Roger con el nombre de Gregorio XI. Era hijo del conde Guillermo de Beaufort y sobrino de Clemente VI que le habia promovido á la dignidad de Cardenal diácono á la edad de 18 años. Para hacerse merecedor de tan alto puesto llamó á su lado gran número de eruditos, y se consagró con tal ahinco al estudio, que poco tiempo despues pasaba por uno de los más profundos conocedores del derecho civil y eclesiástico; era además conocido por su arraigada piedad y su carácter dulce y apacible. Encontrándose aún entre los 36 y 40 años, todo el mundo esperaba un pontificado largo y altamente benéfico para la cristianidad. Desde luego logró el nuevo Papa restablecer la paz en varios países, siquiera no alcanzase su influencia á terminar la guerra que ardia entre Inglaterra y Francia.

La situacion de los dominios pontificios era por extremo precaria, como la de toda Italia. En los primeros se hallaban sobreexcitados los ánimos contra los funcionarios franceses; los Visconti de Milan se alzaron de nuevo en son de amenaza, sin que diera resultado alguno positivo el armisticio que se celebró con ellos el 6 de Junio de 1374. Florencia, para vengar agravios que pretendia haber recibido de los legados de Bolonia y Perugia, se alió, en Julio de 1375, con Milan y otras ciudades italianas en contra de la Santa Sede, cometió algunos atropellos y excitó á la rebelion á los vasallos pontificios ya predisuestos á la desobediencia. En efecto; poco despues levantaron la bandera sediciosa Citta de Castello, Perugia y otras ciudades. Gregorio XI, al mismo tiempo que mandaba alistar soldados bretones, trató de apaciguar á los rebeldes por procedimientos pacíficos, á cuyo efecto envió en 1376 una diputacion á Florencia, con poderes para acordar un arreglo; pero durante el curso de las negociaciones se levantaron por instigacion de esta república Bolonia y Ascoli. Al ver tan inicuca perfidia, pronunció el Papa el interdicto contra Florencia el 31 de Marzo de 1376, y mandó castigar con severidad á los culpables. Las considerables pérdidas que sufrieron, efecto de la paralización del comercio, y el temor de nuevos males obligaron á los florentinos á enviar á Avignon, en calidad de mediadora, á la célebre Catalina de Siena, religiosa dominica, que sólo tenia á la sazón 29 años; se la dispensó favorable

recibimiento en la corte pontificia, y recibió el encargo de ajustar la paz; mas los florentinos estaban poco dispuestos á cumplir sus promesas, enviaron una segunda embajada que hizo fracasar la mediación de Santa Catalina, y en su consecuencia, la guerra estalló con más violencia que antes. Así las cosas, resolvió Gregorio XI trasladarse á Roma, accediendo á la invitación que últimamente le habían hecho sus habitantes. Movióle en primer término á dar este paso el peligro de que se levantase un antipapa en dicha capital, aunque también atendió á las súplicas de Santa Catalina de Siena, á los repetidos clamores que se levantaron en todos los dominios pontificios contra la avaricia y la opresión de los funcionarios franceses; y por último, á su propio deseo; pero trataron de impedir la realización de su propósito. Carlos V de Francia y los Cardenales franceses que tenían gran mayoría en el sacro colegio, á lo que también había contribuido con sus promociones el Pontífice reinante. Sin embargo, el 13 de Setiembre de 1376 salió Gregorio XI de Avignon, llegando el 17 á Aix y el 20 á Marsella. En medio de las protestas de su comitiva se embarcó en este punto el 2 de Octubre, y después de un viaje penoso, varias veces interrumpido por las tormentas, arribó el 6 de Diciembre á Corneto, donde permaneció un mes completo. Por último, el 17 de Enero de 1377 hizo su entrada en Roma, en medio de las demostraciones de un entusiasmo casi delirante de la población.

Muerte de Gregorio XI.

43. Pero inmediatamente estallaron nuevos disturbios y la guerra rugía en todos los contornos de Roma. El Papa se vió de pronto completamente aislado en un país extranjero, en el que nadie reconocía la suprema autoridad del Vicario de Jesucristo. Es verdad que se sometió Bolonia; pero Florencia parecía estar ménos dispuesta á la paz que nunca, hasta el punto de amenazar con la muerte á Santa Catalina, que se presentó allí de nuevo como mediadora para llegar á un arreglo pacífico. Por último, ambos contendientes aceptaron el arbitraje de Bernabé Visconti, y se celebró una conferencia en Sarzana con el indicado objeto. Pero el Papa, que hacía tiempo sufría una enfermedad penosa, falleció de improviso el 27 de Marzo de 1378. En la prevision de su próximo fin y para facilitar la elección pontificia, había suspendido las leyes vigentes sobre el cónclave, declarando que para la validez de la elección inmediata bastaba la mayoría absoluta de votos. Presa de tristes presentimientos exhortó á los Cardenales á la concordia. Los romanos, á su vez, miraron su muerte como un castigo del cielo

por haber resuelto ya su regreso á Avignon, á fin de sustraerse á los efectos de la anarquía que reinaba en Italia. Gregorio XI, último de los Papas franceses, no descuidó ninguno de los grandes pensamientos que ocuparon á sus predecesores, como son: la cruzada, la unión de la Iglesia griega, la reforma del clero regular y secular y el fomento de los estudios. Aunque no era de todo punto ajustado á los principios del derecho vigente, por el bien del Imperio, accedió á los deseos del emperador Carlos IV, que solicitó su autorización para proclamar Rey de Roma á su hijo Wenzel, como se hizo en 1376. Lo mismo que sus predecesores recomendó á los Obispos la celebración de Sinodos provinciales, defendió los derechos de la Iglesia contra los frecuentes atentados y demasías de los Príncipes, y puso particular cuidado en proveer en hombres dignos los cargos eclesiásticos. Pero sus nobles esfuerzos no tuvieron el éxito que merecían; y desconcierto general reinaba, lo mismo en la Iglesia que en las naciones; habíase amortiguado no poco el amor á la Santa Sede, las enseñanzas de Marsilio y de Occam ejercían cada día mayor influencia en las masas, y ya asomaban la cabeza nuevas y más peligrosas herejías. Arrancado de su antiguo y verdadero asiento perdió el pontificado su anterior prestigio, no obstante los eminentes servicios que á la humanidad y á la Iglesia habían prestado los Papas franceses.

Aún estaba en vigor el código pontificio que gozaba de universal aceptación; pero desde que Juan XXII promulgó las constituciones Clementinas, no se volvió á publicar ninguna Colección legislativa con carácter oficial; únicamente se dieron á luz decretales aisladas con el nombre de «extra-vagantes». Todavía aparecían explicaciones de las decretales pontificias; pero, en general, los estudios jurídicos habían degenerado en sutilezas inútiles, y en muchas ocasiones se produjo tal confusión de los conceptos del derecho, que este desbarajuste, unido á la general efervescencia que invadía los ánimos, dió por resultado consecuencias altamente perniciosas. (Véase pág. 202.)

OBRAS DE CONSULTA Y OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE LOS NÚMEROS 42 Y 43.

Baluz., I. 419. 425 sig. 435. 441. 1194 sig. Chron. Piacent. Murat., XVI 520. 527. Martene, Thés. II. 1450. Raynald. a. 1370 n. 26; 1371 n. 1 sig.; 1372 n. 1-5. 27 sig.; 1373 n. 1 sig. 22 sig.; 1374 n. 1 sig.; 1375 n. 2 sig.; 1376 n. 1 sig. (aquí se expone también la lucha con Florencia); 1377 n. 2 sig.; 1378 n. 1 sig. y en el núm. 2 la bula Periculis et detrimentis. Las invectivas del florentino Franco Sacchetti contra Gregorio XI, en verso, se hallan en Corazzini, Miscellanea di cose medite o rare. Firenze 1853. Christophe, II p. 300 sigs. Sobre Santa Catalina de Siena vid. Raimond. Capuan., Vita in Acta SS. III. Abril, p. 853 sig. 866 sig. Natal. Alex., Saec. XIV c. v. a. 6 n. 40 t. XV p. 296. Sus cartas; cover-